VALIJA *indiscreta*

EL APOSTOLADO Y EL PRESUPUESTO

Según noticias de Madrid, "la Asesoría Eclesiástica Nacional de Sindicatos ha convocado a una magna asamblea a los sacerdotes adscritos a los sindicatos, con el fin de estudiar las posibilidades del apostolado en dichos centros, para la evangelización de los productores".

Conviene saber que en la España falangista se ha recurrido a llamar "productores" a los "obreros" o "trabajadores", para evitar el tufillo revolucionario que desprenden estos últimos vocablos. Ahora todos son "productores". En los cafés de Madrid la gente lo toma a broma y, en vez de llamar al mozo, llama al "productor", que acude a servir el café con leche como si ambos líquidos los hubiese producido él mismo. (El "hombre de café" ha estado siempre dispuesto a creer que la leche no la daban las vacas, sino los camareros, porque el "hombre de café" ha perdido completamente el contacto con la naturaleza. El día que viera ordeñar a una vaca, se sorprendería lo mismo que si le enseñasen el árbol de las medias tostadas. Recuérdese que fué un hombre de café quien se extrañó de que los boquerones pudiesen ir por el mar en grupos de media docena, pegaditos por la cola, en forma de abanico. Y es conocido, finalmente, el caso de aquel "hombre de café", cliente del Regina, a quien el médico recomendó el cámbio de aires, y se trasladó al Negresco. Todo ello explica que el "hombre de café" acepte fácilmente el llamar "productor" al camarero.) También llaman en Madrid "productores" a los limpiabotas, a las vendedoras de décimos de la Lotería y a las coristas de revistas sicalípticas. La organización sindical de la Falange se basa en el "productor", y, por lo visto, también son "productores" los sacerdotes adscritos a los sindicatos falangistas.

Los sindicatos falangistas tienen, como vemos, asesores eclesiásticos, cosa que nunca se les había ocurrido tener a la U.G.T. ni a la C.N.T. ¿Cuál será la función sindical de esos asesores eclesiásticos? Supongo que se dedicarán a reclamar la cantidad de sermones, triduos, misas mayores, etcétera, que corresponde a cada "productor". Antes luchaban los sindicatos por las ocho horas de jornada, y ahora es posible que los asesores eclesiásticos les aconsejen que luchen por los ocho horas de indulgencia plenaria. Y lo mismo que antes se pedía aumento de salario, quizás ahora se pida aumento de bendiciones episcopales. La lucha sindical entablada en ese terreno puramente espiritual, acaso ofrezca maravillosas sorpresas, como la de suprimir las huelgas, que pueden ser substituidas por rogativas, y los lockouts, por ayunos de precepto.

Ahora se trata de evangelizar a los "productores", que, a juzgar por esa noticia, no están bien evangelizados. El catolicismo indígena se propone, pues, catequizar a los "productores", a los obreros, que siempre fueron reacios a la evangelización. La Iglesia española siempre ha tenido gran éxito con las clases adineradas, con los grandes terratenientes, con los dueños de las fábricas, con los usureros, con las entretenidas de postín, con los socios de la Gran Peña, con los rentistas, pero no con los humildes, con la gente trabajadora. A ello se debe que el catolicismo español parezca una religión de ricos y no de pobres. Algún cura español de buena fe todavía repite aquello de que "es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el Reino de los Cielos". Los pobres españoles siempre han oído eso con cierta desconfianza, ante lo incongruente de la comparación. "¿Hay alguien en el mundo —piensan— que haya intentado pasar un camello por el ojo de una aguja? Entonces ¿cómo saben lo de los ricos?" La idea de que un caballero tome un camello con una mano y quiera hacerlo pasar por el ojo de una aguja, para demostrar que tampoco los ricos gozarán de la bienaventuranza eterna, les ha parecido siempre a los pobres españoles tan absurda, que nunca se han dejado convencer por la exagerada parábola evangélica. Lo que los pobres han visto es que los curas en España van a los entierros de los ricos y les echan bendiciones, y no van en cambio a los entierros de los pobres. De eso deducen que, en España, para ser buen católico, hay que empezar por tener dinero. El razonamiento no carece de cierta lógica, y trasladado al escalafón eclesiástico adquiere evidencias incontestables: un canónigo es en la escala del catolicismo militante más que un sacristán, y a su vez un obispo es más que un canónigo. Traducido esto a pesetas resulta que un abispo gana más que un canónigo y éste más que un sacristán. Si el catolicismo español fuese realmente una religión de pobres, ocurriría seguramente lo contrario; es decir: el más pobre ocuparía la más alta jerarquía espiritual, y ello se podría conseguir bien dando a los obispos el sueldo de los sacristanes o bien dando a los sacristanes la dignidad eclesiástica de los obispos.

Un pobre español oye siempre con recelo y desconfianza a quienes tratan de explicarle que, aunque en esta vida le toque sufrir y trabajar mucho y comer poco, en el Cielo se dará luego la gran vida, es decir, la gran muerte. El pobre español está ya escamado de tantas vanas promesas, y en ello tiene su origen la frase popular de que "todo eso son sermones". El pobre español desearía un pequeño adelanto en esta vida a cuenta de tantas delicias como le prometen para la otra. Por ejemplo: un poquito menos de miel en el Cielo, y algún cocido más en la tierra; menos música celestial luego, y poder ir ahora alguna vez al teatro, como van los ricos. Los mejores teólogos españoles no han podido resolver nunca ese problema ni lograr tan justas compensaciones, y de ahí le decadencia del catolicismo español entre las masas populares, esto es, entre los llamados "productores". Los españoles ricos, en cambio, no han tenido ningún inconveniente en seguir siendo católicos, porque ellos van tirando en este mundo y ya veremos lo que pasa luego. Además, los españoles ricos son fervorosos católicos porque la Iglesia recomienda resignación y mansedumbre a los pobres, y sin la resignación y mansedumbre de los pobres no habría riqueza para los ricos. La Iglesia Católica ejerce, en efecto, en la sociedad española un papel que podríamos llamar de guardia civil espiritual. El día que los curas españoles salieran a la calle con tricornio en vez de sombrero de teja o solideo, ningún rico se extrañaría de cambio tan lógico y natural. Y el ideal de los ricos españoles sería que los curas oficiasen con máuser. Las guerras absolutistas de la carlistada realizaron en el siglo pasado ese ideal de la Iglesia española de los ricos, y en nuestros días lo ha realizado el Movimiento Salvador, con curas legionarios —hijos naturales de los curas trabucaires de las partidas carlistas— y obispos que hacen a Franco el saludo falangista a la puerta del templo.

La evangelización de los "productores" resulta, pues, una necesidad vital para los ricos españoles que son falangistas y católicos, porque si los "productores" no se evangelizan pronto, todo se lo llevará el demonio, y los curas no podrán seguir cobrando del presupuesto, lo que constituye el verdadero fin del apostolado. Precisamente estos días he leído las cifras del presupuesto de Culto y Clero en la España de Franco. Asciende dicho presupuesto anual a la cifra de 103 millones de pesetas, en números redondos, de los cuales 89 millones corresponden al Clero y el resto al Culto. En España cuesta más el clero que el culto, es decir, más el religioso que la religión, lo que explica que España sea menos religiosa que clerical. Esos 103 millones salen del sudor de los "productores" y los recaudan los señoritos falangistas, que son católicos ricos, quienes los entregan a los curas para que éstos evangelicen a los mismos "productores" que pagaron antes esos millones en forma de impuestos de consumo, de inquilinato, de timbres y recargos, etcétera. Si los "productores" no se evangelizan pronto, algún día se cansarán de producir y no será posible sacar de ellos ningún impuesto, con lo que pronto se acabaría el presupuesto de Culto y Clero, más clero que culto. Cierto es que si los "productores" tuvieran vocación natural para evangelizarse, no necesitarían tantos intermediarios. Y si, en definitiva, los curas supiesen que iban a seguir cobrando del presupuesto de la República, tampoco les interesaría mucho evangelizar a los "productores" de los sindicatos de Falange.

Yo temo mucho que va a perder el tiempo la Asesoría Eclesiástica Nacional de Sindicatos Falangistas en su nuevo apostolado. Pero, de todas maneras, he querido exponer el problema con toda objetividad, para que no se diga que los republicanos vivimos de espaldas a la realidad y que ignoramos las inquietudes espirituales del clero indígena, de la Iglesia Católica, Apostólica Romana y Falangista del cardenal Segura.

EL VALIJERO.

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1106

69
9 junio 45